

diferencia y son marcadores de un querer ser. Las fuentes documentales no están diseñadas para mostrarnos esa realidad, sólo son una expresión indirecta, llena de prejuicios y lagunas. Pero no tenemos alternativa, debemos trabajar con esos discursos sesgados para atisbar algunos elementos de complejos procesos sociales.

Más allá de la visión nebulosa y sombría que nos arrojan los autores de los documentos coloniales sobre los apaches, en el siglo XVIII había rancherías apaches que entraban en trato con los capitanes de presidio o que organizaban incursiones para robar caballerías en los sitios o en las haciendas, mismos eran vendidos en diversos puntos o que

eran parte de sus formas de reproducción. El robo puede ser entendido como una forma de resistencia o una negativa a desaparecer física o culturalmente.

Hoy la *guerra apache* no necesariamente es el “eje medular” de los estudios históricos norteros, pero su comprensión sigue estando entre las prioridades.

## Hitos de México

### Rodrigo Martínez Baracs

Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón (coords.), *Caminos y mercados de México*, México, INAH/UNAM, 2010, 691 pp.

**E**l valioso libro del que ahora damos cuenta es el fruto de un esfuerzo que comenzó con un simposio titulado “Caminos y mercados en México”, presentado en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Sevilla, en julio de 2006. Bajo la coordinación de Janet Long Towell (Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM) y Amalia Attolini Lecón (Dirección de Etnohistoria del INAH), ambas arqueólogas e historiadoras, los autores transformaron sus ponencias en sólidos estudios; asimismo, las coordinadoras solicitaron

nuevas contribuciones “para ampliar el enfoque y la proyección del libro”. El resultado es un grueso y bello volumen de 691 páginas, cuidadosamente editado (con el apoyo de Juan Domingo Vidargas del Moral), que incluye 31 estudios de mediana extensión, nunca demasiado largos ni cortos. No hay lugar para la paja, pero sí para la generosa y precisa descripción. Tal vez el único defecto editorial sea el tamaño reducido de los mapas y de las fotografías de códices, caminos, mercados, entre otras cosas.

Cada artículo trata un tema particular, sin pretender integrarlo en una visión de conjunto, que por cierto tampoco la ofrecen las coordinadoras en la presentación, ni el historiador y geógrafo Bernardo García Martínez (El Colegio de México) en su prólogo, “Reflexiones sobre el tiempo y la distancia”,

que más bien toca algunas ideas sobre lo que podría ser una geografía histórica (como la atractiva teoría de los nodos, las líneas y las áreas). Pero todos los estudios del libro son buenos y valiosos, son producto de investigación en archivos y bibliotecas, de recorridos de campo, de la voluntad de ser claros y sistemáticos. Además, las contribuciones se disfrutan mucho y contienen pequeños tesoros de información que cada lector irá descubriendo. El resultado es una serie de ricos panoramas particulares que hacen de *Caminos y mercados de México* un tesoro que seguirá leyéndose y redescubriéndose poco a poco durante mucho tiempo. Dudo que envejezca. Se agregará nueva información y se precisarán ideas (éste es, precisamente, uno de los objetivos del libro), pero estos estudios siempre se leerán con fruto.

Por supuesto, aunque yo, en reseña disciplinada, me puse a leer el libro más o menos de corrido, es mejor que cada lector lo lea en el orden que se le vaya antojando. Por ello es bueno comenzar con el Índice, que muestra los 31 estudios distribuidos en siete partes: I. Las rutas prehispánicas, II. Intercambio y mercado prehispánico, III. Los inicios del comercio novohispano, IV. El comercio en el Occidente y Noroeste de Nueva España, V. De mercados..., VI. ...y mercaderes, VII. Por los caminos del sur. Asimismo, la presentación de Janet Long y Amalia Attolini es una buena guía sobre el contenido de todos los trabajos. Cada uno, como se verá, sigue variadas estrategias de análisis.

Beatriz Braniff Cornejo, de la Dirección de Etnohistoria del INAH, es de las investigadoras que más han iluminado la compleja historia de las relaciones entre Mesoamérica y las distintas zonas de la Gran Chichimeca; en su contribución titulada “Comercio e interrelaciones entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca” da una visión actualizada del tema en relación con el comercio, dentro de una perspectiva de larga duración. En la conexión entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca destaca la importancia del occidente michoacano y jalisciense. Cihuatlampa sirvió, escribe Braniff, “como un ramal de rutas que unían a esa región con el Noroeste a todo lo largo de su historia, desde el Paleolítico hasta tiempos coloniales”. En este “corredor de comunicación e intercambio” se desarrollaron muchos sitios durante los periodos Clásico y Posclásico que se convirtieron en poderosos centros que controlaron el mercado y algunas

“zonas prístinas de producción”. Los mercaderes transportaban sobre todo objetos de lujo; por otro lado, los grandes mercaderes participaban en la categoría social alta. El Occidente, escribe Braniff, “conservó mucho de su independencia política y comercial sin la influencia de los grandes centros de la Mesoamérica nuclear (Teotihuacan, Oaxaca, la zona maya, Tenochtitlan, etcétera) excepción hecha de Tula, Hidalgo”. La expansión e influencia toltecas abarcaron desde Guatemala hasta California, por lo que Braniff considera de gran importancia estudiar su relación con el Occidente, de modo que ha prometido nuevas contribuciones.

Amalia Attolini nos adentra en el estudio del “Intercambio y caminos en el mundo maya prehispánico”, particularmente en el Posclásico tardío, poco antes de la llegada de los españoles. Muestra que la gran biodiversidad de la zona maya dio lugar a una especialización productiva, la cual generó amplios circuitos comerciales. Éstos dieron fuerza a centros políticos, independientes de los mexica, que a su vez impulsaron el comercio a larga distancia, llegando a Honduras y Panamá, así como al norte y centro de México. Ningún Estado llegó a dominar a los demás, lo cual constituyó un estímulo adicional a las redes de intercambio.

Janet Long nos presenta una aproximación diferente a la temática de los caminos y los mercados a través del estudio de una sola planta que ella conoce muy bien: el chile. Lo analiza con todos los recursos de la botánica y de la historia, así como con los de la arqueología en su artículo “Los senderos prehispáni-

cos del *capsicum*”. La primera ruta del chile es anterior a la llegada de los hombres a América, cuando el viento y los pájaros lo trajeron desde Sudamérica a Mesoamérica. Janet Long estudia la domesticación del chile en el marco del largo proceso que condujo de la etapa de recolección hasta la agricultura. Las mujeres jugaron un papel fundamental en la recolección de vegetales, mientras que los hombres tendían a especializarse en la cacería. Por ello los conocimientos botánicos fueron mayores entre las mujeres, lo cual les dio prestigio y permitieron que colaboraran de manera decisiva en el cuidado de plantas *in situ*, en su selección, su cultivo y su elaboración para consumirlas o conservarlas. La fabricación de instrumentos de molienda como el metate y molcajete fueron decisivos para la preparación de los chiles. A lo largo del tiempo, el cultivo de diversas variedades de la especie *Capsicum annuum*, con una gran diversidad de “forma, color, picor y sabor”, se va a volver fundamental para la historia de México, como alimento, como medicina y como medio de castigo. El *Capsicum chinense*, que llamamos habanero, el más picante de los chiles, se arraigó en Yucatán y sólo hasta ahora está siendo descubierto en otras regiones. Por su nombre, muchos han pensado que viene de Java, “javane-ro”, pero Janet Long comprueba su remoto origen también sudamericano, aunque llegó a Yucatán procedente de la Habana, junto con los puros y el ron habaneros.

Los siguientes dos artículos, escritos ambos por investigadores de la Universidad Veracruzana, están dedicados a los caminos prehispánicos

de la región de Veracruz. El primero, de Rubén Morante López, titulado “Las antiguas rutas comerciales: un camino por las sierras nahuas de Puebla y Veracruz”, combina las fuentes etnohistóricas, arqueológicas y cartográficas con los recorridos de campo, para cuestionar la idea según la cual en el México prehispánico, como en el hispánico, existían dos únicos caminos del Altiplano al Golfo: el que pasa por Xalapa y el que va por Orizaba. La situación era diferente en el México prehispánico, pues el actual puerto de Veracruz “no era un nodo del sistema comercial mesoamericano”. También fueron diferentes los caminos prehispánicos, pues, escribe Morante López, “eran más rectos debido a que los tamemes no requerían de espacios amplios para circular; en pendientes muy pronunciadas subían por escaleras hechas con troncos de árbol. En el virreinato se requirió de caminos más amplios y con pendientes menos severas para la circulación de recuas, carruajes y carretas”. Morante López se percató de que Tehuacan fue el punto de entrada de la sierra y que el camino conducía no a Veracruz sino a Tuxtepec, el ingreso hacia del sudeste. De Tehuacan a Tuxtepec había varias alternativas, entre las cuales la más importante fue la ruta que pasa por Tehuipango, Zongolica y Chicoma. Aunque tras la llegada de los españoles Tuxtepec fue sustituido por Veracruz como nodo, manteniéndose el comercio fluvial en la Cuenca del Papaloapan.

El siguiente estudio veracruzano, de Yamile Lira López, aborda “El valle de Maltrata, Veracruz, ruta de comunicación y comercio durante más de 3000 años”, y da cuenta de

una ruta entre el Altiplano y el Golfo que persistió durante mucho tiempo, hasta el presente. Por cierto, Maltrata se encuentra más al sur, fuera de las rutas estudiadas por Morante López, lo cual hace a uno pensar si los dos estudios son contrarios o complementarios. Me inclino por lo segundo e imagino la gran cantidad de caminos que los caminantes y tamemes prehispánicos encontraron y abrieron.

A continuación se ofrece un estudio de Emiliano Ricardo Melgar Tísoc (adscrito al Museo del Templo Mayor del INAH), cuyo título es “Una relectura del comercio de la turquesa: entre yacimientos, talleres y consumidores”. Analiza de manera amplia y explicativa el comercio de esta piedra, la cual fue muy preciada como elemento religioso y marcador social y dio lugar a un comercio de valiosos bienes suntuarios a larga distancia, desde comienzos de nuestra era hasta la llegada de los españoles. La gran demanda de turquesa en Mesoamérica (se ha encontrado un millón de piezas) generó el desarrollo de culturas en las regiones de los yacimientos, como las de Chalchihuites, en Zacatecas, hohokam en Arizona, y mogollón y anasazi en Nuevo México, con grandes talleres centralizados que manufacturaban mosaicos y cuentas hechas de esa piedra. Aunque también muchas piezas comenzaron a ser labradas en los talleres del palacio de los *tlatoque* mexicas, particularmente las que representan a las deidades mexicas y estelares como Huitzilopochtli, Mixcóatl y Tlahuizcalpan-tecutli.

Sigue un notable estudio sobre la “Producción, circulación y consu-

mo de la bebida del mezcal arqueológico y actual”, de Mari Carmen Serra Puche y Jesús Carlos Lazcano Arce (arqueólogos de la UNAM), quienes refuerzan la idea de que el mezcal ya existía en la época prehispánica, pues se contaba con la capacidad técnica de realizar cada una de las cuatro fases de su proceso técnico de producción: la cocción, la molienda, la fermentación y particularmente la destilación a través de un sistema de ollas. En términos generales, se utiliza la palabra mezcal para designar a todos los productos que siguen este proceso y que son derivados de las agaváceas o soteles, cuyas variedades de plantas y modalidades en la realización de las cuatro fases del proceso productivo determinan los diferentes tipos de bebidas.

Margarita Gaxiola González, arqueóloga del INAH, autora del estudio “Huapalcalco, un santuario-mercado del Epiclásico en la región de Tulancingo”, afirma que:

Huapalcalco pudo haberse fundado como un santuario, producto de un movimiento sociorreligioso restaurador del culto a Quetzalcóatl practicado en Teotihuacan bajo una nueva concepción ideológica basada en un complejo cultural con una fuerte vinculación con el Oriente y con los puertos de intercambio. La práctica del autosacrificio se establece como fuente de autoridad política y como símbolo de la función de redistribución de bienes de prestigio.

Sigue un artículo de Hans Roskamp (historiador de El Colegio de Michoacán), el mejor conocedor

de los códices michoacanos, pues los ha estudiado todos; nos presenta un nuevo estudio sobre “Las matrículas de tributos de Cutzio y Huetamo, Michoacán, siglo XVI”. En realidad se trata de documentos tributarios, por lo que en rigor se salen de la temática de *Caminos y mercados de México*; además se refieren a tributos del siglo XVI, no del periodo prehispánico donde quedó ubicado el temario del libro. Pero la metodología de Roskamp para estudiar los códices implica siempre seguirle la pista, el camino, al documento desde el momento y circunstancias de su elaboración, pasando por sus diferentes y sucesivas utilidades hasta llegar a los cambios de propietario y de repositorios en los que estuvo. Esta es la historia reciente del *Códice de Cutzio*, que logró averiguar Hans Roskamp:

Sabemos que en noviembre de 1936 pertenecía al bibliófilo francés Robert Brun (1896-1978) quien lo vendió a través de la casa de remate Sotheby's en Londres, Inglaterra. Fue comprado por el anticuario y librero Quaritch (también en Londres) donde posteriormente lo consiguió el estadounidense Robert Garrett, quien por su parte en 1949 lo donó a la biblioteca de la Universidad de Princeton (Estados Unidos) donde lamentablemente llegó a extrañarse.

Solamente habría que precisar en el estudio de Roskamp que en las conmutaciones tributarias iniciadas en 1536, autorizadas por el virrey don Antonio de Mendoza, en

muchos pueblos de la Nueva España —incluyendo pueblos michoacanos como Cutzio y Huetamo— no se “conmutó parte de los pagos en especie por productos y servicios destinados para las minas”, sino por laborar en las minas mismas, trabajo hasta entonces prohibido en la Nueva España por Hernán Cortés desde 1524.

En la tercera parte del libro, sobre “los inicios del comercio novohispano”, Edith Ortiz Díaz, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, estudia “El camino real del Soconusco: eje de articulación comercial entre la provincia de Oaxaca y la Audiencia de Guatemala en el siglo XVI”. Esta ruta sureña, relativamente poco estudiada, tuvo una importancia fundamental a lo largo del periodo hispánico, pese a su alejamiento del circuito minero norteño. Pero no olvidemos que, después de los metales preciosos (plata y oro), la grana cochinilla y el añil fueron el segundo y el tercer producto de exportación más importantes de la Nueva España. En el siglo XVIII la ciudad de Antequera de Oaxaca alcanzó una gran prosperidad por ser un punto de enlace en el comercio entre México y Centroamérica. En su paso por Chiapas, el camino real de Soconusco deja al autor la tarea de indagar “cómo fue que una de las áreas más ricas y prósperas de Mesoamérica dejó al final de la época colonial un área casi despoblada y miserable”.

Sigue un estudio de Juan Ricardo Jiménez Gómez, de la Universidad Autónoma de Querétaro, titulado “El camino real de Tierra Adentro a su paso por el pueblo de Querétaro y el mercado a finales

del siglo XVI y principios del XVII”. Jiménez Gómez es autor de tres estudios importantes sobre la república de indios de Querétaro (del siglo XVI al XIX), sobre los orígenes de la propiedad privada (a través de las mercedes de tierras en el siglo XVI) y su consolidación (a través de las composiciones de tierras en el siglo XVII). Su análisis en este libro es muy rico y concreto. La economía ganadera dio una base importante a la industria textil en Querétaro. Me quedo con una duda, ¿por qué cuando el autor da la versión nahua de *Querétaro* (juego de pelota en tarasco), escribe *Tlahco* y no *Tlachco* (juego de pelota en náhuatl)?

Ivonne Mijares Ramírez, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, nos deleita con su estudio sobre “La mula en la vida cotidiana del siglo XVI”, que no puede menos que concluir con una sentida alabanza a la mula, con la que hasta hace muy poco los seres humanos hemos convivido durante tantas generaciones y tan pronto hemos olvidado:

[...] dadas las condiciones geográficas de nuestro país, hasta el invento del automóvil no existió un mejor medio de transporte que el ganado mular. Sus atributos físicos, que al mismo tiempo que le daban gran fuerza y resistencia lo convertían en el más confiable y seguro; su gran versatilidad para transitar por cualquier terreno; su capacidad para ser empleado como animal de carga o de tiro y también como montura [agrego su uso agrícola para tirar del arado]; la gran variedad de precios y características con que

se llegaban a vender en el mercado, fueron factores que llevaron a que el empleo de mulas tuviera una amplia difusión entre todos los sectores de la sociedad, pues existían animales para todos los bolsillos y necesidades, tanto si se trataba de resolver los problemas del transporte de una casa o los que planteaba un gran complejo minero, si se quería transportar agua, harina o vidrio, si se necesitaba llevar algo a un lugar lejano o a corta distancia, y también si se era un humilde indio, un modesto artesano o un gran señor, la mula constituía siempre una solución.

El estudio de Pascale Villegas, de la Universidad de Toulouse, Francia, sobre “El *tochómitl*, un ar-

tículo de comercio entre la Nueva España y la provincia de Yucatán, siglo XVI”, regresa al ya analizado tema del circuito sureño mexicano, pero ahora a través del *tochómitl*, hilo de pelo de conejo teñido, con el que se adornaban las telas finas de algodón.

La cuarta parte, como hemos visto, retoma el estudio iniciado por Beatriz Braniff sobre las rutas comerciales con el occidente y el noroeste de México (con artículos de Laura Rueda, Ignacio del Río, Juan Domingo Vidargas del Moral, Claudia Espejel Carbajal y Clara Elena Suárez Argüello). La quinta y la sexta parte se concentran en el gran mercado, el de la ciudad de México (con artículos de María Teresa Suárez Molina, Araceli Peralta Flores, Gisela Moncada González,

Ricardo Gamboa Ramírez, Javier Sanchiz Ruiz, María del Pilar Martínez López-Cano y Carmen Yuste). La séptima y última parte regresa al estudio de los caminos del sur (con artículos de Reyna María Pacheco Olvera, Salvador Reyes Equiguas, Edelmira Linares y Robert Bye y Paul Hersch Martínez). Uno se percata que se analizan las principales regiones de México, sin embargo se toma nota de una ausencia muy común: el noreste. Lamento no poder seguir comentando y examinando con cuidado uno por uno los artículos de *Caminos y mercados de México*, que bien lo ameritan; sin embargo, tengo la seguridad de que esto lo realizarán los sucesivos y abundantes lectores futuros del grueso y generoso *Caminos y mercados de México*.

## Viejos temas, nuevas visiones

### Alejandro Pinet

Colección editorial: Claves para la historia del siglo XX mexicano, DEH-INAH.

**S**obre esta colección, lo primero que diría es que me parece muy loable que instituciones dedicadas a la investigación las impulsen, como es el caso de la Dirección de

Estudios Históricos. Están conformadas por obras que salen del ámbito estrictamente académico y buscan, como se dice en la contraportada de estos volúmenes, acercarse a un público más amplio. Se ha señalado en distintas ocasiones, y por muchos estudiosos, el alejamiento del público lector de las obras salidas de la academia. Como sabemos, ésta ha sido una tendencia generalizada durante

una buena parte del siglo XX y no es privativa de México. La profesionalización de la historia, a partir de la década de 1940, y sobre todo la especialización del conocimiento, tuvo como una de sus consecuencias el aburrimiento del sufrido lector de a pie.

Durante el siglo XIX se puede decir que la situación fuera distinta, pues quienes escribían historia eran, por lo general, y antes que